

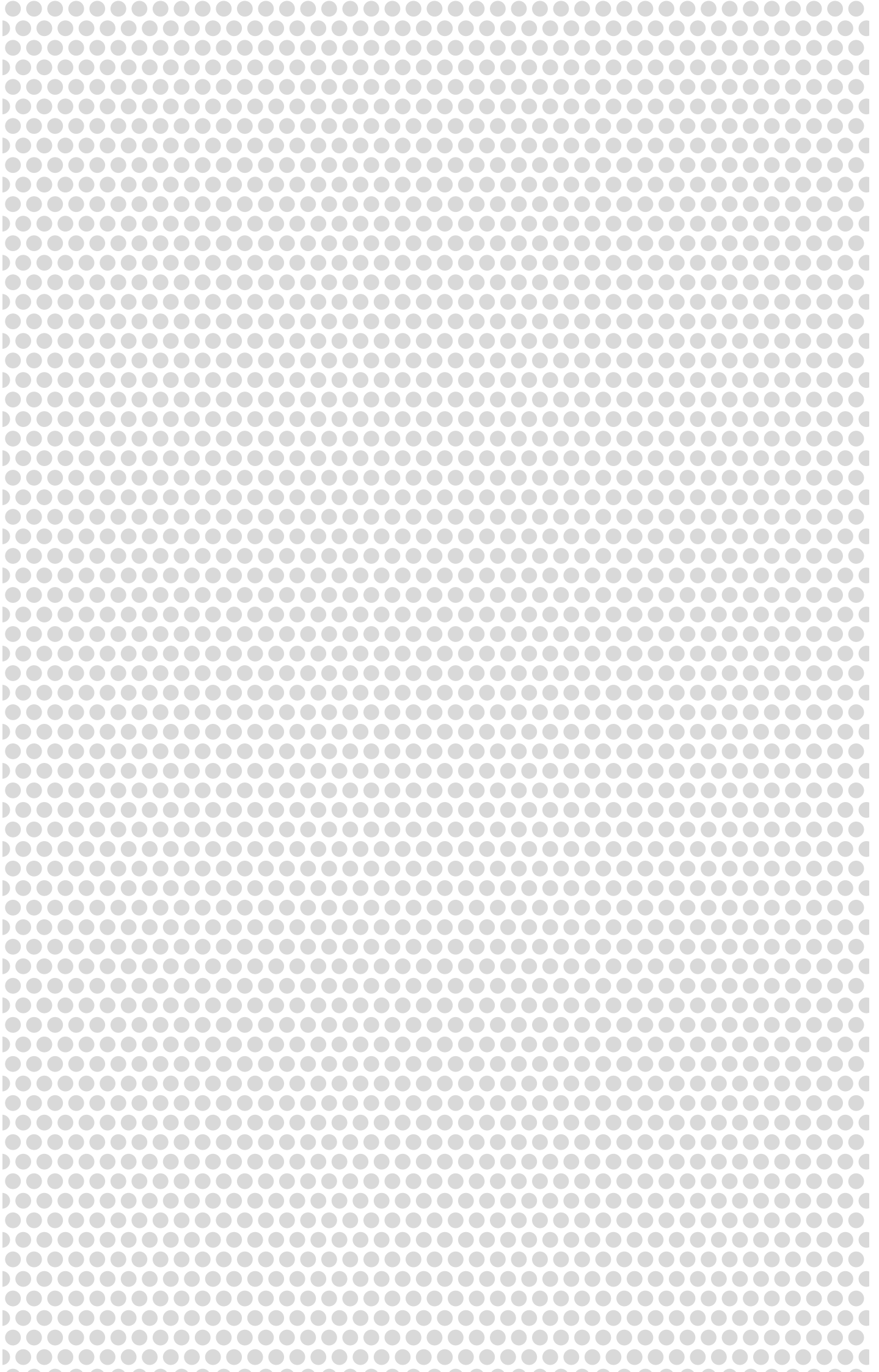


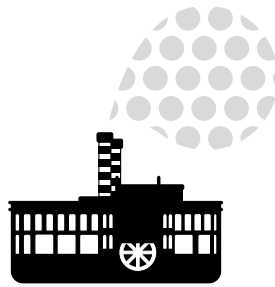
Mi tío Leopoldo

Andrés Ibáñez

**Ilustraciones
de Paco Sordo**







EL BARCO
DE VAPOR

Mi tío Leopoldo

Andrés Ibáñez

Ilustraciones de Paco Sordo



Primera edición: septiembre de 2016

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Andrés Ibáñez, 2016
© de las ilustraciones: Paco Sordo, 2016
© Ediciones SM, 2016
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9052-4
Depósito legal: M-26898-2016
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Esto sucedió hace algunos años, entre el mes de julio y el de agosto, durante unas vacaciones en Santoña (Cantabria). Un día, de pronto, apareció ante mí el tío Leopoldo con su gabardina y su periódico bajo el brazo. No sé de dónde venía ni dónde había estado hasta entonces. Escribí un cuento sobre él y esa noche se lo leí a los niños de la casa, mis hijos Nicolás y Mario y mi sobrina Bárbara. A los tres les encantó. Mario era entonces tan pequeño que no entendía casi nada, pero se moría de risa al ver reír a los otros. Entonces me puse a escribir más historias del tío Leopoldo. Durante el día buscaba algún momento para escribir y luego, cuando llegaba la hora de irse a la cama, les leía a los niños lo que había escrito. Así nació este libro, como el cuento de cada noche para tres niños que estaban de vacaciones. A ellos tres está dedicado.

● 1

ALGO SOBRE MI TÍO LEOPOLDO

MI TÍO LEOPOLDO es el hermano mayor de mi padre y tiene cuarenta años (antes no lo sabía, pero se lo he preguntado a mi padre). Es decir, que es viejo. No es tan viejo como mis abuelos, pero es viejo. Además, no tiene casi pelo en lo alto de la cabeza.

Mi tío Leopoldo se casó hace muchos años, pero mi tía murió mucho antes de que yo naciera, y después de eso no se ha vuelto a casar. Tampoco tuvieron hijos.

Mi tío Leopoldo va siempre con una gabardina, sea invierno o verano. Mi tío Leopoldo tiene gafas. A mi tío Leopoldo le encantan las historias y los cuentos. Sabe muchos, y los cuenta muy bien.

Mi tío Leopoldo parece una persona muy normal si le ves por la calle, pero le han pasado unas cosas increíbles en su vida. Ha viajado por el África austral y ha cazado leones, y varias veces ha descendido al interior de volcanes en erupción. Cuando era joven estudió ingeniería. Los ingenieros son los que hacen las máquinas, los puentes, los aviones y cosas así.

Yo no sabía que había gente que hiciera las máquinas.

Mi tío Leopoldo trabajó en una empresa de coches hasta que tenía treinta y dos años. Entonces tuvo un accidente, y tuvieron que darle mucho dinero de indemnización. Con ese dinero compró un taller, se marchó de la empresa de coches y se dedicó a hacer sus inventos. Mi tío ha inventado muchas cosas importantes, por ejemplo el periscopio de los submarinos, los cables de los puentes colgantes, la hélice pequeña de los helicópteros y muchas cosas más.



● 2

APARECE CONCHITA

EL TÍO LEOPOLDO solía venir por la tarde a casa los martes y los jueves y me llevaba al parque a dar un paseo. Yo me lo pasaba muy bien con mi tío Leopoldo.

Una tarde íbamos paseando en dirección al parque del Retiro, que es nuestro parque favorito de Madrid, cuando vimos a un guardia poniéndole una multa a una chica que había aparcado en doble fila. La chica decía que había parado un minuto para recoger a su sobrino, que estaba en el parque, y que no había derecho a que le pusieran una multa por recoger a su sobrino, y el guardia le decía que la ley era la ley y que la multa no se la quitaba nadie.

Entonces el tío Leopoldo se acercó al guardia y le dijo:

–Perdone, agente, hay una señora que se ha caído con su perrito en el Pozo de los Deseos y está dando gritos allí en el fondo de la tierra.

–¿Cómo? –dijo el guardia.

–El pozo tiene cincuenta metros de profundidad, ¡es un milagro que esté viva!

–Dios mío –dijo el guardia–. Tengo que ir a ver.

Le dijo a la chica que no se moviera de allí, que enseguida volvía, y desapareció.

–Pobre señora –le dijo la chica al tío Leopoldo–. ¡Mira que caerse en un pozo!

–No te preocupes –dijo el tío Leopoldo–. Me lo he inventado todo. En cuanto venga tu sobrino, te largas.

–¿Qué sobrino? –dijo la chica–. Yo también me he inventado lo del sobrino.

Los dos empezaron a reír a carcajadas.

Mi tío Leopoldo es viejo. Quiero decir que debe tener por lo menos cuarenta años, o a lo mejor más, pero aquella chica era bastante joven.

–Me llamo Leopoldo –dijo el tío Leopoldo–. Y este es Alberto, mi sobrino.

–Yo me llamo Conchita –dijo la chica–. Encantada.

Entonces vimos que el guardia regresaba. Lo vi yo a través de las verjas del parque, que venía con los puños apretados y con cara de pocos amigos. Leopoldo le dijo a Conchita que se montara en el coche y que desapareciera de allí a toda velocidad. El guardia debía de haber descubierto la trola que le había contado mi tío Leopoldo y ahora seguro que quería detenerle para meterle en la cárcel o algo así.

–Rápido, montaos los dos en el coche –dijo Conchita–. Ahora vosotros también estáis metidos en el lío.

El tío Leopoldo y yo nos metimos en el coche a toda prisa, y Conchita se sentó frente al volante y metió la llave en el contacto, pero el coche no arrancaba. Cuando vio que nos habíamos metido todos en el coche e in-

tentábamos huir, el guardia echó a correr hacia nosotros. Y por mucho que lo intentaba, Conchita no podía arrancar el coche.

–¡Mierda, mierda, mierda! –dijo Conchita–. ¡Siempre me pasa lo mismo! ¡En cuanto me persigue alguien, este coche no arranca!

El guardia se acercó corriendo por la acera y se puso delante del coche justo en el momento en que Conchita conseguía arrancarlo.

–¡Alto! –dijo el guardia, poniendo las dos manos sobre el capó–. ¡Detenga el vehículo y salga del mismo!

–¿Que salga de dónde? –dijo Conchita.

–¡Del mismo! –dijo el guardia.

–No le entiendo, agente –dijo Conchita pisando el acelerador.

El guardia tuvo que apartarse para no morir atropellado, y el coche salió disparado como un cohete. Yo me volví a mirar y vi que el guardia nos seguía, corriendo como un loco y agitando los brazos en el aire.

–Ese hombre está loco –dijo Leopoldo.

–Claro que está loco –dijo Conchita–. No podía quedarme allí. ¡Estaba en doble fila!